

gozan destos pomíferos pensiles;
la que en su playa balsas y palandrias
recoge de mil bárbaros gentiles,
escuchando piadosa su querella,
es la noble Valencia, ciudad bella.

159

XLI.—Loa.¹

No sé qué triste signo ó qué planeta
pobre predominó en mi nacimiento
cuya influencia me forjó poeta.
Algo mejor tomara el pensamiento,
señor Apolo, y bien os perdonara
este regalo y entretenimiento.
Rociástemme de tierna edad la cara
(mercedes grandes, para mí excusadas)
de aquella fuente Cabalina clara.
Gentiles habas para otras quijadas,
desde que en ellas se desayunaron,
ando yo con las mías trasijadas.
Las Musas juraré que se mearon
al tiempo que cogistes de su fuente
las aguas que aún la sed no me mataron.
De mí vi huir y vi mofar la gente,
por donde juzgo yo que les hedía
á pobre, necio, loco, impertinente.
Estos perfumes de la poesía
el Apolíneo, lauro y sacra venda;
pero escuchad la dulce historia mía:
Comienzo á desplegar y abrir mi tienda,
y cual mercante nuevo á hacer barato,
y va á las damas mi primera ofrenda.
Llamo, convido, ruego y hago plato,
pues ninguna me quiere ni me llama,
y de sus gracias y beldades trato.
Miento bien largo en su valor y fama.
Digo, y con gran verdad, que estoy perdido,
hecho carbón, ceniza, fuego y llama.
Hábloles en estilo muy subido;
uso de unos conceptos remontados;
tales, que aun yo jamás los he entendido.
Desos cabellos de oro sortijados
forjó, señoras, el Amor cadenas
con que lleva á sus siervos amarrados.
Los lindos ojos, causa de mis penas,
tiran rayos que abrasan corazones,
haciendo helar la sangre de las venas.
Yelo nos vuelven vuestras sinrazones,
y aunque helados, estamos siempre ardiendo
los que de Amor seguimos los pendones.
Que viva quien continuo está muriendo,
y que se yele quien se está abrasando,
ó es tormento infernal, ó no lo entiendo.
«No quiero porfiar tan mal cantando,
galán, y cure su cabeza vana,
que de flaqueza está devaneando»,
me dijo una señora cortesana
que se preciaba mucho de discreta,

¹ En el Norte de la Poesía española. Es la que corresponde á la comedia titulada *La Duquesa Constante*, de Tárrega.

y en ser por tal tenida estaba ufana.
«Qué, ¿tan poco mi musa se respeta?,
la dije yo. Pues bien sé cuando estaba,
señora, embebecida en un poeta,
sus romances y coplas le alababa.»
«¡Oh, qué gentil concepto!», le decía.
«¡Qué bueno y qué ecelente!», replicaba.
Era el señor fulano, y venía
con un par de capones el criado.
¿Párecele si es buena la poesía?
Venga una musa con tan buen recado,
y aunque escupa otras tantas necedades,
diré que está ecelente en sumo grado»,
dijo. Y con todas mis habilidades
me envió para mano de mortero
á que probase nuevas voluntades.
Yo me encamino luego á un caballero
gentilhombre, galán y cortesano,
discreto y bien sobrado de dinero.
Preséntole mis versos, pero en vano:
parte no entiende, parte son pesados,
y para coplas, las de don fulano.
Voyme de allí á doctores y letrados:
Menos ganancia: hay muchos del oficio
de sus borrones muy enamorados.
Los mercaderes y oficiales, vicio
llaman á este deporte regalado
de holgazanes y vanos ejercicios.
Pues sobre coplas no hallaréis fiado
el vino, el pan, la carne ni el vestido,
mucho menos, dinero de contado.
Tras esto, ¿qué rincón jamás ha habido
sin tizne de los humos de poesía?
Todos los bodegones ha corrido.
Quien la trata con menos cortesía
son algunos señores estudiantes;
éstos abaten la mercadería.
Bisoños, mas osados y arrogantes,
semejantes en fuerzas á pigmeos,
en orgullo y bravezas á gigantes,
todo lo contaminan sus deseos;
hasta las damas usurpar pretenden,
y para servidores son muy feos.
Barato su trovar los tales venden;
aunque no sé quién dice que es dislate
de los que de la feria el punto entienden.
De balde es caro lo de su quilate,
y por darse á entender que todo es uno,
es muerto para todos Mecenate.
Por esto yo, sin ser vigilia, ayuno:
pues nadie os quiere ya volver la cara,
y mi Parnaso nunca fué importuno.
Si mi lacería Dios no remediara,
quizá aún moliera en seco mi molino;
mas su bondad un monte me depara.
Un monte claro que á esta tierra vino,
y si es posible que se mude un monte,
¿qué mucho que se mude mi destino?
Mudóse por serviros, Claramonte;
y en todo cuanto á contentaros toca,
procura que su fama se remonte.
En esta parte no hay más firme roca.
En otras ocasiones lo ha mostrado,
y agora os lo denuncia por mi boca,
pidiéndoos el silencio acostumbrado.

160

XLII.—Loa.¹

Arménicos basiliscos,
índicos rinocerontes,
arábigas hidras fieras,
y líbicos escorpiones,
las engañosas panteras,
cocodrilos y dragones,
las cítolas venenosas
y los grifos voladores.
Los cerdosos jabalíes,
los africanos leones,
las áspides egipcianas
y los toros españoles;
los caballos, los camellos,
los rancíferos veloces,
los dromedarios ligeros
y los elefantes nobles,
torcaces y agrestes lobos,
hircanas tigres feroces,
y las más ocultas tierras
de los coronados montes,
las incomparables furias
del lago de Flegetonte,
si se considera bien,
todo está sujeto al hombre.
Burladoras atalayas,
antepechos defensores,
puertas de hierro colado,
fortísimos torreones,
minas, cubos, terraplenes,
fortificados bestiones,
hondos fosos, altas puentes,
almenas y muros dobles;
pirámides, obeliscos,
castillos, fuerzas y torres,
pilares de jaspe y mármol,
columnas, peñas y bronces,
las urcas y galeazas
con jarcias y municiones;
las milagrosas galeras
con lámparas y faroles,
las moriscas galeotas,
los cristianos galeones,
los pequeños bergantines,
los navíos de alto borde,
los esquifes perezosos
en las paces corredores,
y las fragatas ligeras,
todo está sujeto al hombre.
Sueltan cursados neblies
los ya diestros cazadores,
y con las plumas ligeras
el ligero viento rompen.
La garza bajan al suelo,
los cazadores socorren,
al fin se humilla la Garza
y el soberbio cuello encoge.
A los fieros avestruces
que pesado hierro comen,

¹ En el Norte de la Poesía española. Es la que corresponde á la comedia titulada *La suerte sin esperanza*, de Gaspar Aguilar.

tuvieron en prisión dura
los antiguos Faraones.
Al furioso puerco-espín
que en hondas huertas se esconde,
con lebreles irlandeses
persiguen, matan y cogen.

Al celebrado unicornio
una doncella le ponen,
á quien benigno se llega
donde le humillan prisiones.
Las aves que el viento cría
y las fieras de los bosques,
sirven al hombre: que al fin
todo está sujeto al hombre.
La tierra produce plantas,
las plantas producen flores,
las flores producen frutos,
y el hombre los frutos coge.
Si el hombre todo lo puede,
y del uno al otro Norte
no hay cosa que se le esconda,
ni animales que no dome,
¿cómo pediré silencio?
¿cómo podré dar un corte
para que los ingeniosos
nuestras faltas nos perdonen,
y la presente comedia
vuestas mestedes nos honren,
y el oro de su nobleza
nuestros hierros cubra y dore?
Nuestra comedia empezamos,
y á discretas elecciones
nos sujetamos: que al fin
todo está sujeto al hombre.

161

XLIII.—Loa.¹

(Glosando este pie: *Que todo, trabajo cuesta.*)

Sobre la tela del alba
las pardas nubes ligeras
matizan de grana fina
y de cardenal violetas,
mil paños do el rubio Apolo
peine sus doradas hebras,
y ellas su color realcen
con la vertida riqueza,
cuando el Labrador humilde
del torpe sueño recuerda,
sacudiendo á una de sí
el descanso y la pereza,
y los domésticos bueyes
debajo el yugo sujeta,
hendiendo con paso tardo
los terrones con la reja,
y por los derechos surcos
el menudo grano siembra,
y con lágrimas devotas
tal vez su barbecho riega.
Las sazonadas espigas

¹ Del Norte de la Poesía española.

el ardiente Julio muestra,
y ellas á un tirano trillo
rinden las rubias cabezas.
En fin, mientras Febo hermoso
el Zodíaco rodea,
jamás reposa ó descansa:
que todo, trabajo cuesta.
El gallardo macedón,
inimitable en proezas,
asombro de todo el orbe,
y raro blasón de Grecia,
cuando había de ofrecer
á su inmadura edad tierna
el regalo que pedía
de sus años la ternera,
cargó sobre sí el cuidado
de la conquista soberbia
del ancho globo del mundo
como blanco de su empresa.
Y así por feliz principio
domó la rebelde Tebas,
tomó á cargo la venganza
de las Argólicas quejas;
triunfó del fuerte Darío,
soberbio rey de los persas;
pasó los Cáucos cerros
con pena y fatiga inmensa;
arribó hasta el río Hipasis
dentro de la India yerma,
alejado de su patria
mil y cuatrocientas leguas,
y en discurso de doce años
jamás pudo tener treguas
con la paz ó el ocio infame:
que todo, trabajo cuesta.
Desde el excelso Pirenes
á los Alpes, Julio César
en bien limitado tiempo
sojuzgó con arte y fuerza.
Y en medio el rigor esquivo
de escarchas, granizos, nieblas,
forma campo, fosos cava
y en campaña se atrinchea,
y asombrando el mundo todo,
nuevas máquinas intenta,
sin dejar astuto ardid
ó engañosa estratagema.
Ni en los enriscados montes,
ni en las pantanosas vegas
tienen estancia segura
los castillos y las fuerzas.
Ya con el veloz trabuco
amenaza las almenas,
ya con el agudo ariete
las fuertes cercas barrena.
A la misma inquietud
deja humillada y sujeta,
reduciendo al duro yugo
flamencos, galos y belgas.
Y en vez de tomar descanso
en la sorda noche ciega,
sus hazañas escribía:
que todo, trabajo cuesta.
El famoso ginovés,
cuya temeraria impresa
eternizó su renombre
desde el Tanays á Pisuerga,

fué á pedir favor al rey
de la nación portuguesa,
al de Cidonia, al de Celi,
al de Francia é Inglaterra.
Y de todos rebatida
quedó su sin par querella,
sacando de sus trabajos
en premio, sordas orejas,
hasta que á los dos monarcas
Marte fiero y Palas bella,
que acababan de fijar
en Granada sus banderas,
llegó, y consiguió su fin,
y con oro, gente y velas,
al nunca domado mar
sus esperanzas entrega.
Y agobiando con las quillas
de las olas la soberbia,
al Nuevo Mundo las proas
de sus naves endereza.
Y antes de lograr su intento,
de la horrible muerte fiera
se vió asaltado mil veces:
que todo, trabajo cuesta.
Al que sus sienas Apolo
con verde laurel rodea,
cuya gloria dulcemente
las nueve hermanas celebran,
mil veces á pedir vamos
con humilde, alegre y muestra,
engrandeciendo sus coplas
y alabando sus sentencias,
nos quiera favorecer
con alguna gran comedia,
para que su nombre y fama
nuevamente se engrandezca.
El se retira y procura,
con artificio y destreza,
ofrecer al común gusto
la más extraña novela.
Ya que con nuestro dinero
nos la libra y nos la entrega,
y el autor en repartir
los papeles se desvela.
Ya se ensaya, ya se dice:
famosa comedia es ésta.
Llega el día ó nuestro agosto;
cógese poco y con pena.
Quién paga, y quién por honrado
á lo Sevilla se entra.
Al fin con afán vivimos:
que todo, trabajo cuesta.
Así que, pues, feudatarios
del trabajo y diligencia
son cuantos con clara luz
alumbra el mayor planeta.
No sólo el que del novillo
domestica la melena,
ni el que pareció en el mundo
rayo de la ardiente esfera,
ni el que el imperio fundó
y el gran renombre de César,
ni el que por un mundo incierto
de otro cierto se destierra;
pero el que contento vive
en paz segura y quieta,
á quien hijos y mujer

tiernamente le rodean;
y el que goza de sus padres
opulentísimas rentas;
que siempre las más sabrosas
son aquellas que se heredan.
Atento que en todo estado
se gusta la fruta aceda
del mundo, labrador falso,
cierta, aunque mala cosecha,
no os parecerá difícil
que el pedir silencio emprenda;
pues estos ejemplos dicen
que todo, trabajo cuesta.

162

XLIV.—Loa.¹

El león y el gallo tienen
enemistad declarada,
antipatía que engendra
entre ellos inmortal saña.
Aborrece el tiburón
al lobo marino, y hallan
que el mismo lobo aborrece
al tiburón que le amansa.
El esmerejón, que trepa
la región del aire vana,
á la abubilla atropella,
y ella dél huye y se aparta.
Y aun á todos nos sucede,
en tierra propia ó extraña,
de que á un hombre nunca visto
le daremos vida y alma,
como aborrecer al otro,
á quien, sin ninguna causa,
por opósitos influjos
deseamos mil desgracias.
Mas estas contrariedades
sólo el secreto las guarda,
porque es como el del abeja,
que ningún saber le alcanza;
puesto que diga el discreto
que de sangre confrontada,
y de no lo ser, nació
destos efectos la causa.
O si por haber nacido
de un mismo clima en la casa,
ó en opósito ascendente,
de este se huye y éste se ama;
pues en el trato moral
andan la envidia y cizaña
con estas antipatías,
no sin malicia trabadas;
porque el escultor desdeña
lo que Archimedón entalla,
y también de Apelles ríe
el pintor de menos fama.
Otrosí, el poeta burla
del otro á quien no se iguala;
mas entre dos de un oficio,

¹ En el Norte de la Poesía española. Es la correspondiente á la comedia titulada *El Gran Patriarca D. Juan de Ribera*.

¿quién vió paz ó tregua honrada?
Yo fui en un tiempo poeta,
y mi musa fué envidiada
sin causa, porque la envidia
robres hiere, que no gramas.
Pero pues ello es así,
¡aquí de Dios!, que la espada
de mi venganza da filos
en los fuertes de otras faltas.
Dígame el señor Ovidio
Nasón, por su nariz larga,
que á no ser de las Zebreas
ha de ser la de la abada,
¿qué diabólica quimera
le hizo creer que Diana
fué tan hermosa, si él mismo
tropieza en su misma falta?
Pues una mujer nos pinta
salvaje entre las montañas,
curtida del sol ardiente,
la tez del rostro abrasada,
y del continuo ejercicio
muy cargadas las espaldas:
que allí cargan y echan todas
los cuidados que nos causan.
Pues no vió el pobrete á Venus,
que á vella no la loara,
porque tenía colmillos
por menudos dientes blancas.
No hay jabalí tan feroz
en los jarales de Arcadia
que compitiera con ellos:
ved el necio en lo que daba.
En Atenas, en el templo
de su sacra diosa Palas,
tienen por grande reliquia
un zapato y una calza;
por donde se echa de ver
que veinte puntos calzaba,
y que tenía las piernas,
no de palas, mas de pajas.
Pretendió Juno que Páris
la entregase la manzana,
con tener un ojo menos
y llena de ojos la cara;
tanto, que por un retrato
suyo cualquiera juzgara
que la pintaron durmiendo
sobre una cota de malla.
También cuentan que Narciso
fué hermosísimo de cara,
y tengo textos testigos
que prueban que fué tan mala,
que de los montes el eco
tuvo miedo de miralla;
y así en las quiebras de valles
los oídos pone y llama.
Agora sí, mis señores,
que hay Narcisos y hay Dianas;
fué fábula lo de entonces:
lo de agora, verdad llana.
Veréis, Menandas divinas,
y veréis, Comas gallardas,
que compite con lo más
lo menos que en ellas se halla.
Alzad los ojos; veréis
en su asiento aquellas damas,

de cuyos ojos el sol
toma la luz que derrama.
Llenos de oro los cabellos,
con espadas doradas,
que de su hermoso jardín
impiden la dulce entrada.
Mirad también los Narcisos
con las caras afeitadas,
con enrizados copetes
y con vírgenes espadas;
que como agora en el mundo
no hay mujeres con tal gracia,
por excederlas en esto
tienen por honra imitallas.
Gran senado, si esta loa
á quien le toca no agrada,
agrádele la verdad
á quien los cielos abrazan.
Y por las otras, la suya
podrá ver tan apurada,
que mirándola, le obligue
á callar, y eso me basta.

163

XLV.—Loa.¹

Una peregrinación
á las cumbres de Parnaso,
do tienen su residencia
Apolo y su coro amado,
emprendió mi corazón,
más por fuerza que por grado:
que en pobres lo más es fuerza
y menos lo voluntario.
Comencé mi romería
pidiendo, y á pie descalzo;
mas, ó por no merecerlo,
ó por ser desventurado,
ó porque era en el pedir
vergonzoso y recatado,
las manos con otras largas
para mí se han abreviado,
enjugáronse las fuentes,
los ríos se me han secado.
Así, muerto de hambre y sed
y aquejado del cansancio,
en llegando al pie del monte
ya no pude dar más paso;
por do me dejé caer
y dormíme de cansado;
y aun aquí la fantasía
no pudo tener descanso,
entregándome en el sueño
otra vez á los trabajos.
Figuróseme que Apolo
de un cabello me tomando,
por el aire me subió
del monte al lugar más alto.
Llegado á la cumbre, hallé
un muy espacioso llano,

¹ En el Norte de la Poesía española. Es la que corresponde á la comedia titulada *La Fundación de la Orden de Nuestra Señora de la Merced*.

que á la vista parecía
jardín de muy gran regalo,
de rosas y flores lleno,
de mil plantas adornado,
arrayanes y laureles,
hiedras, vides que trepando
por los árboles tejidas
quitaban del sol los rayos,
obra de naturaleza
y parte de diestra mano.
Apacible compañía
iba por aquí cruzando,
gente de hábitos diversos,
diverso lenguaje hablando,
que cogiendo de las flores,
y frutas también mezclando,
guirnaldas aderezaban,
y por la montaña abajo
las echaban á rodar,
donde muchos las alzando,
unos huelgan de las flores,
del fruto hacen otros caso,
otros tienen más ganancia
de la fruta y flor gozando.
Antes de abrir yo la boca,
mi deseo adivinando,
dijo Apolo: «Aquellos son
poetas que me han honrado
y han enriquecido el mundo
ingenio y saber juntando.
Homero es el capitán,
Hesiodo va á su lado,
Teócrito y Apolonio,
Eurípides y Menandro
y otros griegos que decirlos
sería negocio largo.
Entre los romanos lleva
la bandera el Mantuano,
Horacio y Ovidio siguen,
Persio, Marcial y Estacio,
y los que antes destos fueron
la gloria de mi teatro,
Pacuvio, Lucilio y Nevio,
Cecilio, Terencio y Plauto.
Dejo de nombrar los otros
y vengo á los italianos;
que de todas las naciones
en mi ejército hay soldados.
Dante es el primero destos
que ilustró el hablar toscano,
al cual el Petrarca sigue,
menos grave y más limado;
y á cabo de algunos años
que nadie se ha señalado,
señalóse en una justa
el muy docto Policiano.
Después vino el Ariosto,
que sobrepujó al Boiardo,
Sannazaro, Bembo, el Mucio,
un padre y un hijo Tassos
y otros que, por abreviar,
agora en silencio paso,
porque vuestros españoles
parece me están llamando.
No los he en olvido puesto,
y si el número no es tanto,
culpa es la malicia mora

que en armas los ha ocupado;
las trompetas y atambores
no dejan oír mi canto,
y así no hay por qué admirarse
si su tono fué más bajo:
de alabanza son muy dignos,
no de ser vituperados.
Juan de Mena es el primero
que pendón ha levantado.
Un Marqués de Santillana
no va lejos de su lado.
Puedense contar también
tres antiguos valencianos:
Ausias y Jaime Rojo
y uno que ha también soñado,
Garci Sancho, Cartagena,
y después Torres Navarro,
Castillejo y, finalmente,
van Boscán y Garcilaso,
que hurtaron á Italia el metro
que en España han trasplantado.
Estos y otros con las flores
y las frutas de este prado,
cuál cogiendo más, cuál menos,
este monte han ilustrado,
el ingenio natural
con arte perfeccionando,
imitando los maestros
que primeros he nombrado.
Agora contra mis musas
se levanta un nuevo bando,
ejércitos de bisoños
sin orden ni ciertos cabos;
cada cual por sí pretiende
alzarse con mi Parnaso.
Dicho esto, me llevó
do el monte va declinando,
y vi que infinita gente
por quebradas y barrancos,
sin sendero ni camino,
de espinos, abrojos, cardos,
cogían las florecitas
de que haciendo grandes mazos,
iban á enramar con ellas
las plazas y los teatros.
«Esos, dijo Apolo, son
los poetas afamados
que á madre Naturaleza
y á su hija han deshonrado.
Esta es arte que la imita,
de la cual han renegado.
Entrambas á la Poesía
á sus pechos han criado,
que ni éstos han conocido
ni decoro le han guardado;
antes sin saber sus leyes,
dellas han prevaricado:
quién faltando á la invención,
quién la imitación errando,
fabricando labirintos
sin darles principio ó cabo;
olleros de cuya rueda
el cántaro para en jarro;
pintores que al aciprés
ponen en cualquier retablo;
toda su felicidad
está en conceptillos bajos,

que fuerzan á la materia
á vuelta de versos malos;
cebo de ignorante vulgo,
y de gustos estragados
que jamás al medio atinan
ni al término deseado;
pues la perfección mayor
es descuido con cuidado.»
Apolo seguir quería,
mas tocaron á rebato.
Yo, temiéndome de guerra,
eché la montaña abajo.
Vendíome no sé qué espía,
topé el escuadrón contrario,
cuya vista y son confuso
me dió grande sobresalto.
Sin orden y sin concierto
unos y otros van mezclados,
reyes, príncipes y condes
y monstruos también extraños
con rostro de dama hermosa
y pescuezo de caballo,
de plumas cubierto el cuerpo
y la cola de pescado.
A Nerón y al Moscovita
cuando vi, quedé asombrado;
acompañanlos valientes
Paredes, Moncada, Alarcos.
Estos y otros me embistieron,
diciéndome en tono airado:
«Vos habéis de desdeciros,
ó morir á nuestras manos.»
«Desdígome, á gritos dije,
aunque Apolo es el que ha hablado.»
Confieso que á estos poetas
no igualaron los pasados;
en todo la prima tienen;
no hay pasar de do han llegado.
Hasta el cielo empíreo suben
sus conceptos remontados;
ni ellos ni los que los oyen
aciertan á darles cabo.
De vista casi se pierden,
no es manjar de todos papos.
Han puesto á la poesía
en el más perfecto grado.
Pero no sé quién ha dicho:
— ¡Qué sueño tan frío y largo!
— La comedia le pedimos.
— Señores, aquí la traigo.
— Temo que no agrada,
según es mi vuelo bajo.
Sólo me levanto en sueños;
despierto, voy arrastrando.
Quisiera dar gusto á todos.
Si sucede lo contrario,
por eso hay en la botica
simples y compuestos varios:
lo que al hígado es dañoso,
aprovecha para el bazo.
Y aunque vean que es león
el presente boticario,
tocarle, señoras, pueden,
que es león domado y manso.
Las manos les lamerá
con tal que le traigan algo.
Si no cuadra con su humor

el presente letuario,
mañana se curará
aplicando su contrario.

164

XLVI.—Loa á San Vicente
Mártir.¹

En felicísima hora
y en bien observado punto
pisé este insigne teatro,
aunque con pie mal seguro.
Pues exponerse al examen
de tanto ingenio y tan culto,
si no es locura del todo,
tiene de locura mucho;
y más siendo de mi loa
el alto divino asunto
el valor insuperable
de un vencedor siempre agosto;
de aquel glorioso español
cuyos increíbles triunfos
á la fe cristiana dieron
lustre por eternos lustros,
cuando el dragón formidable,
ciego de soberbia y humo,
colgaduras con que entolda
su horrendísimo sepulcro,
con más absoluto imperio
y con más sangriento culto
sobre gentílicas aras
presidía en vanos bultos,
dogmatizando entre aquellos
que al orbe pusieron yugo
de la sangre bautizada
el más copioso diluvio,
diciendo que el holocausto
que era en sus ojos más puro,
en la sangre consistía
de nuestro rebaño justo.
No bien el blasfemo oráculo
dejó los presentes mundos,
cuando en las bocas tiranas
fué ley y su fuerza tuvo.
Ya como en espejo claro
se mira el edicto injusto,
jactancioso en las cuchillas
de tanto acero desnudo.
Ya se extiende por el orbe
mortal imperioso susto
en los pechos palpitantes
de la nobleza y el vulgo.
Ya sobre sus cuellos caen
tan aprieta aceros duros,
que el más boto cobra filos
y se embota el más agudo.
Entre los fuertes campeones
el más bizarro y robusto
que en coronada palestra
se mostró á mayor concurso,

¹ Del Norte de la Poesía española. En la comedia *El martirio de San Vicente*.

fué el intrépido Vicente
que á las máquinas se opuso,
que á los más contusos pechos
prestó el reino más confuso.
En la ciudad que al Ibero
tanto amó, que le compuso
blanda cama en las arenas
de cernido metal rubio.
Y él, de puro agradecido,
guarnece de cristal puro,
no sólo sus fuertes cercas,
mas la sombra de sus muros
en la fundación de aquel
que al mar soberbio del mundo
una calma universal
legisló por estatuto.
Allí en edad floreciente
conquistar con sangre pudo
la estola de su martirio,
que fué su primero triunfo,
de donde aherrojado y pobre
sacó militar tribuno,
hecho un Sísifo del yerro
con que oprime el cuerpo suyo.
Con todo de remontarse
con arrebatado curso
hasta el celeste zafir
tiene animosos barruntos:
que á un espíritu alentado
no rinde el yerro importuno,
que alas las esposas hace
y hace los grillos coturnos.
Llegó á la tierra dichosa
en quien al Cielo hacer plugo
arrogante ostentación
de poderosos influjos.
No hay nativo vegetante
ni respirante individuo
que en la carrera del año
no corra al palio del gusto.
Fabrican gozoso albergue
entre sus flores y frutos
así Flora y Amaltea
como Pomona y Vertuno.
Y en medio la amenidad
de que esta región construyo,
el valor y la braveza
levantan su imperio sumo.
No porque sea este suelo
del ciprio suelo trasunto
dejan de ir (como en un tiempo)
tal vez Marte y Venus juntos.
Hijos tiene que aspirando
á gloriosos atributos,
penetran no arados mares,
descubren no vistos mundos.
En ella, pues, el tirano
más inexorable y duro
que han vomitado á esta luz
las tinieblas del profundo,
de instrumentos que estremecen
el más horrible discurso,
hizo alarde contra un joven,
de armas y aun ropas desnudo.
Dejo aparte el amarralle
á un pilar ó tronco rudo,
cuya longitud midiendo

no pequeño rato estuvo.
Porque valientes cordeles
en sus santos pies y puños
por descuadernar su cuerpo
dieron apretados nudos.
Dejo azotes, dejó heridas,
que es un número sin número.
Hambre, desnudez y albergue
siempre frío y siempre obscuro.
El estupendo espectáculo
que de su cuerpo hacer pudo,
siendo de Cristo y Andrés
perfectísimo dibujo.
Si á Andrés retrata en el aspa,
á Cristo retratar supo
en reventar de su pecho,
si no un arroyo, mil flujos.
Y entremos en la batalla
que infatigable sostuvo
contra la máquina horrenda
que á su constancia se opuso.
Formaban cruzadas verjas
del metal que á Marte cupo
una cama y sus pinturas
brotaban clavos agudos.
Esta sobre ardientes llamas
afirmó el ciego tumulto
de temerosos ministros
y de tremendos verdugos.
Y recostando sobre ella
al español sin segundo,
llamas y voces al Cielo
trepan por el aire puro.
No se baña en tanta risa
en móvil blando columpio
tierno infante á quien regalan
dulces maternos arrullos,
como el heroico varón
en el abrasante Equilco
de la gran Hierusalem
mirando el celeste muro.
Revocaban tanta sangre
de sus venas los conductos,
que al paso que el fuego humillan
ensoberbecen el humo.
Parece que le prestaban,
tendido en el lecho adusto,
la salamandria sus llamas
y sus arroyos Neptuno.
En fin, triunfante y glorioso,
aunque al parecer difunto,
de nuevo á nuevo combate
provoca al tirano injusto.
Mas él, rendido y turbado,
temiendo el trance futuro
pasa de un extremo al otro
menos fiero y más confuso,
y en regalar sólo al Santo
pone el intento perjuro,
derramando este cuidado
en los pechos de los suyos.
Pide al arte los preceptos,
á la lisonja el estudio,
las caricias al amor,
y al engaño el disimulo.
Y en la fábrica de un lecho
tan tierno piadoso anduvo,

que á todo un hermoso abril
robó el florido concurso.
En él reclina aquel cuerpo
que con milagroso indulto
el alma por tantas partes
que no saliese detuvo.
Mas llegando de su fin
el bien conquistado punto,
de tanto regalo en medio
rindió á la muerte el tributo.
¡Oh, siempre invicto Vicente,
pendiente acerado escudo
de la torre Davidea
que armó pechos tan robustos!
Perdona si me atreví
con incauto ingenio rudo
de tu vida al esplendor,
que en vez de ilustrar, ofusco.
Confieso que hoy he mostrado
pobre estilo, idioma impuro,
tosco ornato, larga arenga,
arte poco y menos curso.
Mas en esta confesión
pienso que no importa mucho
que descubra mi ignorancia,
si mi devoción descubro.
Y perdóneme, señores,
si he defraudado su gusto,
pensando que en esta loa
llevara distinto rumbo.
Mas si loa había de ser,
de disculparme me excuso;
pues loores de tal Santo
fué blanco de mi discurso.

165

XLVII.—Loa en alabanza
de la humildad.¹

En dos contrapuestos campos
mil naciones diferentes,
todas ellas gobernadas
de dos enemigos reyes,
plantan sus toldos y ranchos,
banderas y gallardetes,
cestones y pavesadas,
torres, casas, fosos, fuertes.
Rómpense los atambores,
roncan trompetas, y vienen
los unos contra los otros
con la justicia que tienen.
Rompen las lanzas, las picas,
grita la chusma, que siente
las enemigas espadas
é instrumentos de la muerte.
Está la fortuna varia,
pero después se resuelve:
ya el que menos se ayudaba,
le levanta y favorece.
Huye el un campo del otro;

¹ En la séptima parte de *El Fénix de España*, etc. Madrid, 1617.

en fin, las espaldas vuelve;
sigue el alcance el contrario,
mata y roba cuanto puede.
Y el general victorioso
entra en el contrario fuerte,
donde el herido da voces
y se humilla al que le hiere.
Recíbense los contrarios
con los ojos hechos fuentes,
y por el suelo arrojados
tiende espadas y paveses;
otros, cruzando las manos,
echan quien por ellos ruegue;
y alcanzan perdón; que al fin
todo la humildad lo vence.
Planta César sus escuadras,
y en dos estandartes verdes
dos águilas negras saca,
cifra de lo que pretende;
y el yerno, no descuidado,
en orden pone su gente,
y dada ya la batalla,
pierde á Roma y César vence.
Humíllanse los cautivos,
juran de guardar sus leyes,
y en Roma, como inviolables,
guardar las suyas prometen.
Entra victorioso en Roma,
y á los niños y mujeres
la vida otorga; que al fin
todo la humildad lo vence.
Sale el pródigo soberbio
por el mundo; gasta, y quiere
que los ricos se le allanen
y los montes se sujeten.
Hace más que un Alejandro,
fiestas, juegos y banquetes;
consume el dinero todo;
sus criados le aborrecen;
acepta oficios muy bajos,
y á tanta pobreza viene,
que un sayo para vestirse
aún no alcanza en cuanto tiene.
Vuélvese en las de su padre,
y tantas lágrimas vierte
que le perdona; que al fin
todo la humildad lo vence.
Sale David con su campo;
fáltale el sustento, y quiere
que Naval le dé comida
y que dinero le preste.
Enójase el mayoral,
niega lo que dél pretende,
y en vez de buenas razones
con malas palabras muere.
Asalta David la casa,
y por el Dios que obedece
jura de matarlos todos
y poner fuego á sus mieses.
Sale Abigail humilde,
y tanto con David puede,
que le refrena; que al fin
todo la humildad lo vence.
El otro apóstol de Cristo,
viéndose en prisiones fuertes
entre los sátrapas bravos
que con palabras le hieren,

temiendo el fin como hombre,
que hasta Dios temió la muerte,
olvidando sus palabras
le niega dos ó tres veces.
Acuérdase, y fuera sale,
flevit amare, y Dios viene
lloviendo misericordias,
como es de la vida fuente.
Pone los ojos en él
y mírale tiernamente,
y perdónale; que al fin
todo la humildad lo vence.
Con seguras esperanzas
que el ver quien sois nos promete,
hoy nosotros por serviros
intentamos lo presente.
Y porque pasadas faltas
con otras nuevas se suelden,
senado ilustre, os convido
á otras obras diferentes.
Y pues el errar es de hombres,
y no hay hombre que no yerre,
y no hay cosa en que el valor
más en perdonar se muestre,
con humildad os suplico
que las pasadas se quiebren,
y con nuevas voluntades
recibáis lo que os ofrecen.
Dareisme luego el perdón
para que yo se le lleve,
y sepan que ya en el mundo
todo la humildad lo vence.

166

XLVIII.—Loa en vituperio de la mala lengua.¹

Cuenta el famoso Plutarco,
filósofo grave y viejo,
que no hay cosa en este mundo
que se compare al silencio.
Y Plinio dice y afirma,
que no es de menos ingenio
el saber callar que hablar
en su coyuntura y tiempo.
Pitaco también nos dice
con grande encarecimiento,
que el que refrena su lengua
es sumamente discreto;
pues en las breves razones
se conoce el hombre cuerdo,
por salir dél las palabras
consideradas primero.
Y como dice el refrán,
bien antiguo y verdadero,
por el canto se conoce
el tonto en cualquier tiempo.
Mas ¡qué bien dice y compara
San Gregorio Nacianceno
á aquellos que en este mundo

¹ En la séptima parte de *El Fenix*, etc.

se matan de puro necios!
Pues como hombres mareados
que van á tierra saliendo,
todo les parece se anda
de una parte á otra moviendo.
Y esto no es porque la tierra
haga ningún movimiento,
sino porque en ellos viene
causado del mar inquieto.
Esta suerte un cortesano,
un hidalgo, un caballero
quiere reir y enmendar
mejor que si fuera Homero.
Murmura de la justicia,
del príncipe y regimiento,
del común de los palacios,
del oficial y el concejo.
Y en fin, á todo lo tacha,
no teniendo miramiento
que no se mueve la tierra,
sino su liviano seso.
Bien debía de saber
el peligro deste miembro
Dios, pues que con tantas guardas
le tiene cautivo y preso;
pero por más insufrible
á una destas lenguas tengo,
pues ellas hieren el alma,
y la lanza sólo el cuerpo.
Pone la lanza á la vida
bien considerado á riesgo,
pero la lengua destruye
honra, paz, bienes, contento.
Y así, lengua que habla mucho
es como casa sin techo,
es bolsa sin cerradura,
como navío sin suelo,
como tinaja horadada,
como báculo sin dueño,
y al fin, sirena que engaña
con la voz al marinero.
Mas como vasos vacíos
revienen más que los llenos,
asina los ignorantes
hablan más que los discretos.
Por lo cual dice San Pablo
lo que es razón que notemos:
«que corrompen las costumbres
las palabras sin provecho».
Y más en particular
hallo vivo este defeto
en la mujer, que es de todos
los animales más terco.
Mas como Naturaleza
crió animales diversos,
ansina en diversas partes
les puso el brío y esfuerzo:
A la serpiente, en la cola;
al unicornio, en el cuerno;
al águila, en todo el pico;
al toro, en cabeza y cuernos;
mas á la astuta mujer,
para mayor daño nuestro,
Naturaleza le puso
en la lengua tanto esfuerzo.
Con ella hiere y abrasa
más que el encendido fuego,

pero él puédesse apagar
y ella no tiene remedio.
El toro se encierra y doma,
el león tiene leonera,
y con un poco de pan
vemos que se amansa un perro.
Teme el hombre á la justicia,
domeña al caballo el freno,
y el ignorante pescado
prende el cauteloso anzuelo.
Mas la mujer, llanamente,
es un animal tan fiero,
que para su presunción
es todo el mundo pequeño.
Tenéis condición terrible,
y tan ponzoñoso el pecho,
que podéis públicamente
poner tienda de veneno.
No viene de suerte el rayo
que no le pregone el trueno,
y sin dejar de hacer humo
se puede encender el fuego.
Ni viene de suerte el frío
que no avise con bostezo;
las paredes que se caen
desmorónanse primero.
Mas de la mujer la lengua
es demonio tan soberbio,
que sin resistir el daño
nos destruye á campo abierto.
Pero, ¡válgame el Señor!,
tu firme amparo, ¿qué es esto?
¿Tan riguroso y cruel
con la que me dió el sustento?
Perdonen, señoras más,
que he andado muy descompuesto,
muy libre y descomedido,
pues, en fin, son nuestro cielo,
nuestro regalo y tesoro,
nuestro gusto y pasatiempo,
nuestra paz, nuestra alegría,
nuestra fortuna y contento,
nuestras bodas y placeres,
nuestras fiestas y recreos,
nuestros deleites, y son
sepulcros de nuestros cuerpos.
Si es que agraviadas están,
mírenlo muy bien primero,
porque semejante agravio
no se nos pase en silencio.
Hablen, respondan, no duden,
porque, en verdad, les prometo
que no me atreva á partir
sin absolución del yerro.
Mas el que está en talanquera
poco teme al toro fiero,
y el que en el fuerte homenaje
oye el tiro, el mar y el fuego.
Así la mujer honrada,
entre espinas clavel bello,
más limpia que está una espada
acicalado el acero,
no lo ofenden malos dichos,
porque al fin, como en espejo,
se pueden mirar las faltas
de corazones discretos.
Es Fénix en su opinión,

salamandria que en el fuego
de su cólera se cría
para hacer á un hombre tierno.
Pero ¿qué puedo decir
siendo tal vuestro misterio
que mandáis en casa ajena
mucho más que el propio dueño?
Guardadnos silencio un día,
tenednos prudencia y seso,
que habiéndolo entre vosotras
no estaré poco contento.
Y si lo hacéis, en señal
de noble agradecimiento,
me podéis todas tener
por menos que esclavo vuestro.
Y si no, los indios pardos,
los húngaros y flamencos,
caldeos, alarbes, citas,
sirios, lusitanos, medos,
egipcios y mauritanos,
bitinios, boscos y griegos,
cartaginenses, piratas,
alejandros y pompeyos,
si en toda mi voluntad
con razón ó sin derecho,
no hiciéredes en las veras
conformes á mi provecho.
Si despreciareis mis quejas
agraviadas desto, hoy ruego
á todas estas naciones,
desde el primero al postrero,
que de noche os rondan tanto
que no os dejen dormir sueño.

167

XLIX.—Otra loa.¹

¡Válgame Dios! ¿Es de veras?
Aquí estoy y no lo creo.
¿Es posible que ha llegado
á cumplirse mi deseo?
No se espanten vuestro
que me admire y haga extremos
de verme en este teatro,
gloria y honra destes reinos,
que yo les diré la causa
si es que gustan de sabello;
que siempre la novedad
suele á veces dar contento.
Como á los signos y estrellas
los hombres viven sujetos,
á mí me inclinó la mía
á representar, y creo
que éste no es de los peores
vicios que sustenta el cielo,
aunque no es sino trabajo
y que pide hombres discretos.
Yo vine por mis pecados,
después de tan largos tiempos,
á ser autor, y imagino
que no es el mayor tormento.

¹ En la séptima parte de *El Fénix*, etc.

Junté, pues, mi compañía,
hice viaje á otros reinos,
llevando muchas comedias,
bailes y entremeses nuevos.
Di la vuelta por Vizcaya,
y desde allí me fuí luego,
aunque con gran menoscabo,
á las Asturias de Oviedo.
Como es la tierra tan triste
y tan falta de dinero,
no ganábamos un cuarto;
y viéndome sin remedio,
quise dar vuelta á Castilla;
y estando tratando desto,
llegaron dos montañeses
y desta suerte dijeron:
«Guarde Dios á su merced.
Hannos dicho que es farsero,
y aquí hacemos una fiesta
á San Millán, y han propuesto
los hermanos y cofrades
que su fiesta celebremos,
y hagamos una comedia
para que se alegre el pueblo.
Mire lo que hemos de dar,
que una vez hecho el concierto
luego daremos señal:
pida de una vez lo cierto.»
Yo, que estaba sin un cuarto,
y todos mis compañeros
no mandaban un ciuti,
vide los cielos abiertos.
Pedíles quinientos reales,
y respondió el uno dellos:
«¡Oste, puto!, ¿échanos pullas?
Acá no hay tanto dinero.
Es pobre la cofradía,
que si esta fiesta hacemos
se ha de llegar de limosna,
y así mal nos convendremos.»
Después de habernos cansado
gastando almacén al viento,
la concerté en diez ducados.
¡Quemado sea tal concierto!
Al fin, yo hice mi cuenta
que con aquéllos teníamos,
yo y toda la compañía,
para tomar un refresco.
Dejéronme de señal
veinte reales, que me afrento;
pero diré aquel refrán:
«Cuál el tiempo, tal el tiento.»
Llegó el día de la fiesta
y hice, si bien me acuerdo,
un auto famoso, que era
la historia del Zebedeo.
Hice también la comedia
del Rey don Alfonso el Bueno,
y amores de doña Nufla
con su querido don Bueso.
Fuí otro día, de mañana,
para cobrar el dinero,
en casa del mayordomo:
¡aquí vino á ser lo bueno!
Halléle sentado al sol
muy repantigado y tieso,
con un capote cerrado

donde reprueban lo malo
y donde prueban lo bueno.
Mas, ¡por Dios!, que me olvidaba
á lo que salí, y yo pienso
que será descortesía
ponerme á pedir silencio.
Y así, con vuestra licencia,
me quiero entrar satisfecho
en que nos haréis merced:
yo me voy, guárdeos el Cielo.

168

L.—Otra loa.¹

Comparaba un doctor sabio
á la mujer mala y buena,
senado ilustre y discreto,
á la araña y á la abeja;
y divinamente dijo
sus atributos en ella,
tanto, que fué celebrado
su parecer en Atenas.
Antes fué mujer la araña,
y de tener competencia
con Palas, discreta diosa,
vino de mujer á fiera.
Fué siempre tan maldiciente
que, aun labrando aquella tela,
afrentó los altos dioses
con figuras deshonestas.
¿Quién la vió bajar agora
á la más azul violeta,
al más cándido jazmín,
á la más blanca azucena,
á la clavellina roja,
á la rosa más perfecta,
aunque haya della tomado
sus colores la vergüenza,
al más regalado almíbar,
al nácar que más se precia,
veneno haciendo al azúcar
y cicuta á la conserva?
Todo lo vuelve en ponzoña,
todo el bien en daño trueca,
que es de mujer propio oficio
cuando tiene infame lengua.
¿Quién ve la abeja graciosa
del reino de su colmena,
donde aposentada vive
vida alegre en casa estrecha,
salir cuando sale el sol
á lamer las blancas perlas
que ha derramado la noche
sobre las flores y yerbas,
con regalado rüido
dando al sol gracias inmensas
de que abrió las frescas hojas
que con la noche se cierran!
Ya del blanco humilde corta
la encarnada rosa bella;
ya al romero saludable

¹ De la séptima parte de *El Fénix*, etc.

del tiempo del Rey don Pedro.
Y pidiéndole la resta,
me dijo con gran denuedo:
«Señor, para haber de darlo,
se ha de juntar el concejo.»
En esto llegó un escrito,
destos que en la corte vemos,
que nunca salen de ser
lacayos ó vinagreros.
Dijo: «Mirad lo que hacéis,
no os engañen, que es muy cierto
que aquel hombre que en el auto
degollaron, le vi luego
pasearse por la calle,
como yo y vos, sano y bueno;
y si aquello no es verdad,
éste es robo manifiesto.
El Rey, dicen que era el otro:
es mentira y embeleco,
que yo le vide en la corte,
y así es él como mi abuelo.
No hagan burla de nosotros,
y, con marañas y enredos,
nos lleven nuestro trabajo,
y ellos se vayan riyendo.»
Ya no lo pude sufrir,
y de ira y coraje lleno,
le dije: «¡Bárbaro, bruto,
de seso y razón ajeno!
¿un hombre habla de matar
por diez ducados? Pues vemos
que averiguar un mentís
cuesta un poco de dinero.
Dime, ¿es el Rey, por ventura,
hecho de estopa ó angeo,
que se ha de mover así?
Pues sabemos por muy cierto
que saliendo media legua
sólo á matar un conejo,
le suele tener de costa
medio millón por lo menos.
¿No es bueno que hay ignorantes
que por diez reales y medio
quieren que el que hace el Rey
que sea el Rey verdadero,
y que el que fingen que matan
que sea de veras muerto,
y el que hace el moro, sea moro,
y el que hace el viejo, sea viejo?
¿No ven que es representar
sólo imitación de aquello,
y que, en saliendo de aquí,
yo soy Juan y el otro es Pedro?
¿Y no echan de ver que tiene
mucha costa y contrapeso
esto, y que al autor le cuesta
trabajo y desasosiego
buscar famosas comedias
de levantados conceptos,
la música más famosa,
el auto costado y nuevo?»
Mas, ¡gloria á Dios!, he llegado
donde es muy al revés esto,
pues hay tanta discreción,
tanta consulta de ingenios,
tanta belleza de damas,
tal justicia y regimiento,

la enramada flor cercena;
ya la retama pajiza
el gracioso pico besa;
la maravilla deshoja
y la olorosa mosqueta.
Y que destas cosas haga
la miel en casa de cera,
¿no es la excelencia mayor
que dió la Naturaleza?
Pero ¿qué mayor milagro
que cuando á una jara llega
ó á una silvestre magarza,
ó á una venenosa adelfa,
destas hace miel sabrosa,
su daño en provecho trueca;
que es de mujer propio oficio
cuando tiene honrada lengua?
No ha criado el cielo impíreo,
aunque entre su sol y estrellas,
animal que se le iguale
cuando es hermosa y discreta.
¿Hay maravilla en el mundo,
aunque las siete sean treinta,
que á la mujer se compare
si lo que es la lengua enfrena?
¿Hay edificio á los ojos,
ventanas, torres ni güertas
como una mujer vestida
de hermosura y de vergüenza?
¿Para quién es cuanto cría
el mar, el aire y la tierra?
¿quién lo merece mejor?
¿quién lo goza y lo gobierna?
¿Quién es espejo del hombre?
¿quién le agracia y le recrea?
¿quién le da su semejanza
y su linaje conserva?
Por la mujer vive el mundo,
y tantos siglos aumenta,
diga lo que quiera el hombre,
que en efeto nació dellas.
Yo, pues uno dellos soy,
hoy salgo aquí como abeja
á coger deste jardín
flores que tanto me alegran.
Y de las lenguas que callan
hoy el ramillete sea
para ofrecer al silencio,
que es el fin de la comedia.

169

LI.—Otra loa.¹

Después que el famoso César
conquistó parte del mundo,
y por la pluma la espada
fué otro Alejandro segundo;
después que de las Farsalias
volvió con victoria y triunfo,
y en Egipto con Cleopatra
gozó el amoroso yugo;

¹ De la octava parte de las *Comedias de Lope de Vega*, 1617.

y después que de su suegro
vió el mortal rostro difunto,
muy triste, porque la muerte
entristece al más robusto,
y después que á los franceses
sujetó al romano yugo,
dijo, viendo á sus soldados
mal contentos y confusos,
porque no les había dado
el premio como era justo:
«No es tan difícil, soldados,
asaltar el fuerte muro,
ni trepar por las escalas
cubiertos de los escudos,
ni de bravos españoles
domar el soberbio orgullo,
ni vencer los indios negros,
ni los alemanes rubios,
como es difícil al hombre
contentar á varios gustos.»
Aquesta verdad aprueba
aquel elocuente Tulio,
pues por dejar el gobierno
á los soldados se atrujo,
conociendo cuán difícil
era contentar á muchos.
El famoso capitán,
el valiente Marco Curio,
el que venció á los sanmitas
y á los silónicos turcos,
después se vino á vivir
él solo á un cortijo suyo.
El africano Cipión
dejó el romano tumulto,
amando la soledad
para vivir más seguro.
También el gran Cincinato
dejó el arado y yugo,
para ser cónsul en Roma
y ser temido en el mundo,
y después, á media noche,
á volverse se dispuso
á su campo y soledad,
y le pareció otro mundo.
Lo mismo hizo Catón
y Metelo, gran tribuno,
todo por ver que es difícil
contentar á varios gustos.
De que aquesto sea verdad
tenemos ejemplos muchos.
Los hebreos condenaron
á Moisés, siendo tan justo,
y del soberbio Absalón
al buen David, padre suyo,
de que con mal regimiento
governaba los tribunos.
Siendo José bueno y santo,
Cenobia dello le acuso,
de continente y traidor
por el amor que le tuvo.
Los egipcios injuriaron
á Medoro porque puso
la Naturaleza en él
de virtud un gran tributo.
Y dejando la escritura
Plutarco, dice que hubo
quien afirmó que había sido

Hércules cobarde mucho.
Si en esto no ha habido falta,
hubo quien ponerla pudo
para ver que es una cosa
contentar á varios gustos.
En cosas más manuales
probar mi intento procuro,
porque hasta el juez que gobierna
jamás contentó á ninguno.
Al que sentencia y condena
dice que juzgar no supo;
el procurador le enfada
que le tiene preso mucho;
queréllase el alguacil
de que no aplicó, pues pudo,
para su bolsa las costas
siendo ya costumbre y uso.
Pues el médico que cura,
y que ha gastado en su estudio
tantos años de paciencia,
jamás contenta á ninguno.
Si es mozo, que sabe poco;
si es viejo, que ya es caduco;
que mal sabrá conocer
quien no tiene pulso, un pulso;
pues si no sana al enfermo
es el más malo del mundo,
y si le sangra la bolsa,
sana el cuerpo todo junto.
Luego siendo esto verdad,
en fuerte razón me fundo:
que médico y juez no saben
contentar á varios gustos.
Hace el sastre una ropilla,
y cuando á probar la trujo
no le contenta á su dueño,
porque un botón mal le puso;
cálzase el otro un zapato,
y porque le viene justo,
dice que le aprieta el pie,
y si es ancho, que es pantufllo.
Manda el otro al sombrero
que le haga un sombrero al uso,
y cuando ya se le ha hecho
no conforma con el gusto;
si es bajo y de poca falda,
dice que parece embudo;
si es alto, que es de francés,
y no le agrada ninguno.
Una dama que es hermosa
para los ojos de muchos,
á otros les parece fea
porque tiene el rostro oscuro.
Si es pequeña, que es juguete;
y si es alta, causa disgusto;
si es discreta, no es hermosa;
si es hermosa, es hielo puro;
si es trigüeña, que es muy negra;
si blanca, no tiene gusto;
que ya no hay nadie que pueda
contentar á varios gustos.
La comedia es á esta cuenta
donde el arte y saber puso
más trabajo, pues tenemos
de contentar siempre á muchos.
En este pequeño espacio,
que es una mapa del mundo,

hay Césares, hay soldados
que no les agrada el triunfo.
Hay Julios, hay Cipiones,
hay Metelos y Tribunos,
Catones y Cincinatos,
hay Moisés y David juntos,
hay Absalón y José,
hay labradores, hay Tulios,
hay egipcios y Medoros,
hay también crueles muchos.
También hallaréis juez
que rija y gobierne el mundo,
procurador, alguacil
que contentarle no supo.
Hay médico viejo y mozo,
sastre y zapatero astuto;
hay sombrerero y hay dama
hermosa que sabe mucho;
hay la blanca y la pequeña,
también la de rostro oscuro,
que todo está en la comedia
dividido y todo junto.
Concedednos por dos horas
el silencio, como es justo,
que dándonosle, entendemos
contentar á varios gustos.

170

LII.—Otra loa.¹

Muertes, enojos, agravios,
traiciones, robos, quimeras,
engaños, adulaciones,
ingraticudes, soberbias;
Enemistades, insultos,
malicias, chismes, revueltas,
doblecetes y tiranías,
pechos, manos, ojos, lenguas;
Ilusiones y mentiras,
deslealtades y soberbias
nacen por una mujer:
que hay muchas mujeres necias.
La vida es muerte pesada,
la gloria suele ser pena;
el contento, llanto triste;
las firmes palabras, quejas.
El amor, dolor amargo;
la lengua, serpiente fiera;
los ojos, linceces que matan,
y la hermosura, insolencia.
Todo esto he visto y mirado,
y he sacado por mi cuenta,
después de tan largos años:
que hay muchas mujeres necias.
Forma Dios al primer hombre
á su imagen sacra y bella,
y, según autores grandes,
fué compuesto de la tierra;
y de su propia costilla,
según lo dicen las letras,
hizo á Eva su mujer,

¹ De la octava parte de las *Comedias de Lope de Vega*, 1617.